

41

EDUARDO

... con los desahucios de las oras  
dama: — Betencio, bendita  
— En verdad que no debéis dar este paso,  
lady Edith, hijo Cabata, desentendola avar  
mente por el plazo, y vos, senora, no deis  
lugar con vuestra resolución a que lleguen  
las cosas al último extremo. Si lady Edith se  
presenta sola al rey, ¿quien podrá contarle  
tan su enojo? ¿quien se guada el aliento de  
su ira?  
— Voy sin mas demora, dijo la reina, en-  
diendo a la necesidad, y lady Edith se detuvo  
aunque con repugnancia, aguardando que  
se quisiera en movimiento.  
La reina se envolvió en un gran manto que  
ocultaba la negligencia de su ropaje. Edith  
y otras damas iban a su lado; precedíanla  
y seguían algunas gentes de armas y al-  
barderos. Con esta comitiva se dirigió a pa-  
sos precipitados hacia la tienda de Coman-  
de León.

42

EDUARDO

... mente la voz de Ricardo, sus camaradas  
de la guerra a Betencio, con ellos, a las  
— En verdad que no debéis dar este paso,  
Edith, y mi deshonra como si se hubiera  
agotado toda la fuerza de la nación.  
En medio de estos discursos, el rey se volvió  
respirar, ya que había previsto el error  
— Al mismo tiempo oyeron el ruido que  
había con algunos en lo interior del pabellón.  
— Anda, decís, y despachate a casa  
pronto que puedes; porque en este momento  
toda la guerra que puedo hacer. Dios bendiga  
tes si no des... y obedeciendo  
si mandas de color sus mentes, o si se trata  
sus ojos se paraban al menor movimiento  
de sus facciones. Yo quisiera de saber  
cuando los puntos de vista  
— Ser el primero que he visto...

CAPITULO III.

Los gentileshombres que estaban de guar-  
dia en la antecámara de Ricardo no se atre-  
vieron á dar entrada á su esposa, y en los  
términos mas comedidos y reverentes, le su-  
plicaron que aguardase las órdenes de su  
magestad. Entre tanto pudo oír distinta-



mente la voz de Ricardo, que mandaba no dejar entrar á Berenguela.

— Ya vez, dijo esta, volviéndose hácia Edit, y tan desalentada como si se hubieran agotado todos los recursos de su intercesion. Es inútil cuanto hagamos : el rey no quiere recibirme ; ya yo lo habia previsto.

Al mismo tiempo oyeron á Ricardo que hablaba aon alguno en lo interior del pabellon. — Anda, decia, y despacha lo mas pronto que puedas ; porque en esto consiste toda la gracia que puedo hacer. Diez bezantes si no das mas que un golpe ; y observa si mudan de color sus mejillas, ó si se turban sus ojos. No pierdas el menor movimiento de sus facciones. Yo gusto de saber como mueren los hombres de pro.

— Será el primero que haya visto la cuchilla sin temblar, respondió una voz bronca y asperísima, aunque parecia algun tanto suavizada por el respeto.

Edit no pudo guardar mas tiempo el silencio. — Si vuestra magestad, dijo á la reina, no se abre camino, yo sabré abrírsele ; y si

vuestra magestad no se decide, entraré yo sola. Caballeros, añadió volviéndose á los de la servidumbre, la reina desea ver á su esposo, y no saldrá de aquí sin verle.

— Noble dama, respondió uno de los gentileshombres inclinando respetuosamente la pértiga de plata que denotaba su oficio, duéleme oponerme á vuestros deseos, pero el rey está ocupado en negocios de la mayor importancia.

— Negocios de grandísima importancia, respondió Edit, son los que conducen á este pabellon á la reina de Inglaterra. Señora, venid ; y yo os daré paso, y al mismo tiempo, empujando al gentilhombre con una mano, levantó con la otra la cortina de terciopelo que colgaba en la puerta de la cámara de Ricardo.

— Haga vuestra magestad lo que guste, dijo el gentilhombre cediendo menos á la fuerza, que á los respetos que aquellas ilustres damas exigian. La reina y Edit se hallaron en presencia de Corazon de Leon.

Eataba el monarca extendido sobre el le-



cho, y á cierta distancia aguardaba, ó parecia aguardar sus órdenes, un hombre, cuya profesion no era difícil adivinar. Su traje se componia de una chaqueta de grana, abierta por el cuello, hasta los hombros, y con mangas cortas, que dejaban descubierta la parte anterior del brazo. Cuando iba á ejercer su terrible oficio, como sucedia en la ocasion presente, llevaba sobre la chaqueta, una cota ó sobreveste sin mangas, de cuero duro, adornado por delante con sobrepuestos y alamares de oscuro carmesí. Estas dos partes de su traje no pasaban de la rodilla, y descubrian su calzado, y gregüescos, que eran del mismo cuero que la cota. El tocado era una gorra de pelo, en que procuraba ocultar sus facciones, como la lechuza entre las molduras de un sepulcro arruinado. Oscurecia la parte inferior del rostro, una barba espesa enmarañada, y rojiza, con que se confundian sus desaliñadas melenas. Era hombre de corta estatura, rehecho y doble, y ancho en sus miembros y proporciones; su cuello era grueso en demasía, y sus bra-

zos desmedidamente largos y fuertes. Leíase en sus facciones la fria impassibilidad de un tigre, y el sobreceño, y torvo mal humor de un misántropo. Pendíale del lado izquierdo una espada cuya hoja podria tener sus cuatro pies y medio de largo, y cuya guarnicion de veinte pulgadas, pasaba sobre su cabeza, mientras él la empuñaba firmemente, en actitud de aguardar las órdenes del rey.

A la entrada inesperada y repentina de las damas, Ricardo que estaba apoyado en el codo, hablando con el ejecutor, y vuelto el rostro hácia la entrada de la cámara, se incorporó prontamente, con indicios de sorpresa y enojo, y se inclinó al lado opuesto, volviendo la espalda á la reina y á las damas, y envolviéndose en las colchas de su cama, que, por su propia eleccion ó quizas por un efecto de la audulacion de sus servidores, eran de pieles de leon, preparadas y sobadas por artífices venecianos, con tan extraordinaria destreza, que parecian tan flexibles y suaves al tacto como el terciopelo mas fino.



Berenguela, cuyo carácter hemos procurado dar á conocer á nuestros lectores, sabia lo que ninguna muger ignora, es decir, el medio mas seguro de vencer la resistencia, y de conseguir el triunfo. Despues de haber echado una mirada de terror, sin la menor reserva ni disimulo, al funesto depositario de los secretos de su esposo, se arrojó á su lecho, se reclinó de rodillas en uno de sus lados, y dejó caer el manto de los hombros, descubriendo el desórden de su larga y rubia cabellera, que se dilatava en toda su extension por la espalda, y demostrando en sus facciones una confusion mezclada de sobresalto, al través de la cual relumbraban sus hermosos ojos, como el sol, cuando rompe por entre las nubes que le oscurecen. Tomó la mano del rey, aquella mano que era el apoyo de la cristiandad y el terror del mahometismo, y inclinándose hácia ella la besó con cierto enagenamiento, pues la privó por algunos instantes de la facultad de hablar.

— ¿Qué significa esto, Berenguela? dijo

el rey, dejando la mano entre las de su esposa, y sin atreverse á poner los ojos en ella.

— Despachad antes de todo á ese hombre cuyas miradas me matan, dijo Berenguela.

— Vete, dijo el rey. ¿Qué aguardas?

— ¿Qué se ha de hacer con la cabeza? preguntó el hombre.

— Fuera de aquí, perro, respondió el rey, un entierro cristiano.

El hombre se retiró, no sin haber recreado sus miradas en la hermosura de Berenguela, con una expresion de admiracion, y con una sonrisa aun mas horribles que el odio á los hombres estampado, en sus ásperas facciones.

— Dí, pues, lo que deseas, desacordada muchacha, dijo entonces el rey, volviéndose lentamente hácia la afligida princesa.

Ricardo era admirador de la hermosura, y la apreciaba sobre todas las cosas humanas, despues del honor: pero aunque hubiese tenido un corazon desnudo de toda



sensibilidad y ternura, no le hubiera sido posible ver sin conmovirse la amargura de una persona tan perfecta como Berenguela, ni sentir sin estremecerse de compasion el calor de los besos y lágrimas, con que ella sellaba y bañaba las manos de su esposo. Poco á poco volvió enteramente hácia ella su magestuoso y varonil semblante, cuyas facciones; y hermosos y grandes ojos azules se habian ya dulcificado y enternecido tanto cuanto su índole indomable, y el hábito de mandar y combatir se lo permitian, Alzóse blandamente, acarició aquella linda cabeza, y estampó un beso de amor en las mejillas que agitaban tantos encontrados sentimientos. Su robusto y soberbio continente, su frente espaciosa, su brazo y espalda que anunciaban la plenitud del vigor, y las pieles de leon que le cubrian, formaban a lado de una muger débil y consternada un grupo admirable, que hubiera podido servir de modelo para representar á Hércules, reconciliándose despues de una riña pasagera, con su esposa Deyanira.

— ¿Qué es lo que desea, dijo el rey, la dama de mi corazon, en la tienda de su caballero, á una hora tan desusada y temprana?

— Perdon, mi benigno soberano, perdon, exclamó la reina, cuyos sollozos cerraban el paso á las palabras.

— ¡Perdon! dijo el rey. ¿De qué?

— Lo primero, dijo Berenguela, por haber entrado de este modo en vuestra tienda.

— ¿Deberá pedir perdon el sol, dijo el rey por esparcir sus rayos benignos en el calabozo de un infeliz cautivo? Duéleme á la verdad que me hayas sorprendido en un negocio nada propio de damas, y sobre todo que expongas tu preciosa salud al rocío de la mañana, ahora que anda tan lista la enfermedad.

— ¿Y la vuestra? preguntó la reina, defiriendo todavía la explicacion del motivo que allí la habia conducido.

— Capaz soy ya, dijo el rey de romper una lanza en el crestón del primer desleal caballero que no te proclame y reconozca



por la dama mas hermosa, y mas cumplida de toda la cristiandad.

— Pues entonces, repuso Berenguela, no me negarás la gracia que voy á pedirte; una vida, una sola vida.

— ¡ Una vida! dijo el rey, arrugando las cejas.

— ¡ La vida de quién!

— La de ese infeliz caballero escoces, dijo la reina.

— No trateis de eso, señora, respondió el rey con firmeza; no me habéis de él; no me le nombreis siquiera. Debe morir y morirá.

— No, mi real esposo, mi amor, dijo Berenguela. ¡ Tanta severidad por un pedazo de seda que se ha perdido! Berenguela te dará uno bordado por sus manos, y será el mas rico y suntuoso que se haya jamas tremolado al viento. Todas las perlas de mis cofres le servirán de adorno, y cada perla irá bañada con una lágrima de agradecimiento y de cariño á mi generoso y magnánimo paladin.

— No sabes lo que dices, contestó Ricardo, interrumpiéndola con vehemente indignacion. ¡ Perlas! ¡ qué montan todas las perlas del Oriente comparadas al honor de Inglaterra! ¡ y qué lágrimas hay en el mundo que puedan lavar la mancha de la fama de Ricardo? Idos, señora, conoced la situacion que ocupa vuestro esposo, y que este tiene obligaciones en que vos no debeis ni podeis tomar parte.

— Ya lo oyes, Edit; le dijo la reina al oido. Está furioso.

— Estélo en buen hora, dijo lady Edit. Señor, yo que soy vuestra humilde parienta, imploro vuestra justicia que no ya vuestra conmiseracion, y los oidos de un monarca deben estar siempre abiertos al grito de la justicia, sin distincion de hora, sitio ni circunstancia.

— ¡ Oh prima! dijo el rey, sentándose de pronto, y extrañando el tono decidido de la doncella. Hablais como quien sois, y como quien soy os responderé, dando por cierto que vuestra demanda no sea indigna de vos ni de mí.



La hermosura de Edit era mas animada y despierta que la de la reina, aunque no tan brillante ni voluptuosa, pero la ansiedad y la impaciencia, moderadas por el natural orgullo que nunca se borraba de sus facciones, le dieron un aspecto de firmeza y gravedad que impuso silencio al rey, aunque importunado ya sobradamente por los ruegos de la reina.

— Señor, dijo Edit, ese buen caballero, cuya sangre va á ser derramada por orden vuestra, ha hecho, en otros tiempos, grandes servicios á la cristiandad. Ha faltado á su deber; ha dejado el puesto que vuestra magestad le habia confiado, de resultas de un artificio tramado, no con intencion de acarrearle daño ni vilipendio, sino por mero pasatiempo, y sin que sus autores pudiesen prever las fatales consecuencias que de ello iban á resultar. Se le envió un fingido mensaje en nombre de cierta persona que... pero, ¿porqué no ha de saber vuestra magestad toda la verdad del caso? el mensaje fué en mi nombre, y este nombre le indujo á dejar

por unos breves instantes su puesto. ¿Hay un solo caballero en el campamento que no hubiese hecho lo mismo? ¿Es tan fácil desobedecer el precepto de una dama, que aunque de prendas humildes, tiene en sus venas sangre de Plantagenet?

— ¿Y le visteis, por supuesto? repuso el rey, mordiéndose los labios de despecho.

— Le ví, en efecto, señor, respondió Edit, y no es tiempo ahora de referir dónde ni porqué. Yo no he venido aquí á disculparme, ni á culpar á nadie.

— ¿Dónde le visteis? preguntó el rey.

— En el pabellon de la reina Berenguela, respondió Edit.

— ¡ En el pabellon de mi augusta consorte! exclamó el rey. Por el cielo santo, y por san Jorge de Inglaterra, y por todos los santos que habitan el paraiso que ya es esta sobrada audacia. He observado adonde fijaba sus pensamientos ese atrevido; mas no creia que pasase de una muda admiracion, y no lo extrañé, á pesar de la elevacion de su objeto, pues tambien admiramos el esplendor



del sol, con estar tan alto, y tan superior á nuestra esfera. Pero ¡cielos! que le hayais dado una cita, que esta cita haya sido de noche, y en el asilo sagrado de la esposa del rey de Inglaterra... por vida de mi padre... Edit, que vais á pasar todo el resto de la vuestra en los cuatro muros de un monasterio.

— Señor, respondió Edit, mal se aviene con vuestra magnanimidad la tiranía. Ni mi honor ha padecido menoscabo en esta entrevista, ni el vuestro tampoco. Presente está la reina mi señora que puede atestiguar mi aserto. Pero ya he dicho que no he venido á vuestra real presencia á justificarme, ni á descubrir desacuerdos ajenos. Solamente vengo á implorar, en favor de uno cuya flaqueza está suficientemente disculpada por la fuerza del resorte empleado en seducirle, la misericordia que vuestra magestad, con ser un rey tan poderoso, tendrá que implorar un dia en otro tribunal y por culpas menos veniales.

— ¡Es esta Edit de Plantagenet! dijo el

rey, sin poder contener el enojo. ¡ Edit de Plantagenet, la recatada y la noble! ¡ O es una insensata, enfermiza de amor, que no se cura de su propia fama en parangon de la vida de su galan! Por el alma del rey Enrique, me falta poco para mandar que se ponga la cabeza de ese almibarado doncel en tu celda, para que te sirva de crucifijo.

— Y si asi lo mandais, respondió Edit, no fijaré una sola vez la vista en ella sin decir: he aquí la reliquia de un buen caballero, cruel é indignamente sacrificado por uno de quien solo diré que debiera saber galardonar de muy distinto modo los altos hechos de caballería. ¡ Almibarado doncel le llamas! continuó, dando rienda suelta á la vehemencia de sus afectos. Era mi amante, sí, amante leal y rendido, y tan humilde como enamorado, y tan apasionado como modesto: amante que jamas osó declarar sus afectos, ni con voces ni con miradas, bastándole la admiracion y el respeto, como si el objeto de su pasion fuera un santo puesto en un altar. ¡ Y por esto debe morir!



¡porque fué fiel, y valiente, y comedido!

— Por la virgen de la capilla de Engaddi, le dijo entonces al oído la reina, que no acabes de irritarle.

— Poco me importan sus iras, respondió en alta voz Edit; la virgen sin mancha no teme al leon furioso. Haga lo que quiera con ese buen caballero. Edit, por quien tan inocentemente, muere, sabrá llorar su memoria ínterin haya sangre en sus venas. Nadie me hable de hoy mas de alianzas políticas, á las cuales nunca servirá esta pobre mano. Ni queria, ni debia ser su dama, siendo tan grande la distancia que de él me separa; mas esto se entiende con el que vive. El sepulcro une al bajo y al alto, y ahora declaro delante del mundo entero que me considero esposa de ese desventurado, y como tal sabré ser fiel á su memoria.

Iba á responder Ricardo con la cólera que estas palabras debian engendrar en su corazon, cuando entró precipitadamente en la cámara del rey un carmelita, envuelto en su manto y capucha de grosero paño, y arro-

jándose sin detenerse á los pies del monarca, le suplicó, por los mas sagrados motivos que pudo alegar, mandase suspender la sentencia que contra sir Kenneth habia pronunciado.

— Por Dios santo, por san Pedro de Roma, exclamó el rey, que el mundo entero se ha conjurado para sacarme de mi acuerdo... locos, mugeres... frailes ¿qué significa esto?

— Poderoso señor, dijo el carmelita, he suplicado al lord de Gilsland que suspenda la órden que habia dado de conducir el reo al suplicio, hasta que vuestra magestad despues de haber oído...

— ¡Y el baron De Vaux ha tenido el atrevimiento de acceder á tu demanda! dijo Ricardo. Accion es esta digna de su insensatez. ¿Y qué es lo que tienes que decir? Habla en nombre de Satanás.

— Augusto señor, respondió el fraile, soy depositario de un secreto de la mayor importancia; pero está sellado con inviolable sacramento de la confesion. Ni puedo decirle, ni aun murmurarle: pero juro por la



santa órden que profeso, y por el santo hábito que visto, y por el bienaventurado Elias, nuestro fundador, que fué trasladado á los cielos, sin pagar el amargo tributo de la mortalidad, que si me fuera lícito poner en oídos de vuestra real magestad, el negocio que ese malhadado jóven me ha revelado, desistiriais sin vacilar del cruel y sangriento desigño que abrigais contra él.

— Buen padre, respondió Ricardo, que yo reverencio la santa Iglesia, y obedezco y ejecuto sus preceptos, hien lo testifica la empresa á cuyo logro he consagrado mi brazo. Dadme á conocer ese secreto de que hablais, y procederé segun juzgue mas conveniente y debido. No creais empero que me dejo llevar por la mano en las tinieblas, ni creais que Ricardo de Inglaterra es hombre de aquellos que ceden á la voz de un eclesiástico, aun cuando le falte la luz del convencimiento.

El fraile entonces abrió el manto, y bajó la capucha que le cubria, y dejó ver su vestidura interior que se componia de pieles de

cabra, y un rostro tan acartonado y consumido por el clima, el ayuno y la penitencia, que mas parecia de un esqueleto animado que de un hombre vivo. Señor, dijo con acento reverente, pero enérgico y sostenido, veinte años hace que estoy macerando este miserable cuerpo en las cavernas de Engaddi, en penitencia y expiacion de un gran crimen. ¿Pensais que habiéndome despedido para siempre de este mundo frágil y perecedero, seria capaz de hacerme reo de una mentira? Rey de Inglaterra, en el alma de este pecador no hay mas que un solo deseo que se ligue á las cosas de este mundo, y es el restablecimiento de la Sion cristiana, y ¿creeis que podré hacerme indigno de este piadoso sentimiento, revelando los secretos de la confesion? ; Y mi alma, señor, y mi alma!

— ; Con que eres, dijo Ricardo, ese ermitaño de quien tanto se habla! Confieso que mas que hombre mortal pareces un espíritu vomitado por el sepulcro; pero Ricardo no tiene miedo á fantasmas. Y tambien



eres tú, según creo, el que por medio de ese mismo Escoces, recibió una embajada de los príncipes cristianos, sobre no sé qué inteligencias con el soldan, mientras yo, que hubiera debido antes que otro alguno entender en el asunto, estaba postrado en la cama con la dolencia. Pues bien: ellos y tú podréis ver el caso que hago yo de esa clase de embajadores. Bueno soy para dejarme llevar por el escapulario de un Carmelita. Morirá, y morirá pronto, y basta que tú intercedas por él, para que muera.

— Dios tenga piedad de tu alma, dijo el ermitaño; hartas lágrimas te costará el daño que vas á hacer. Llegará el tiempo en que desees, á costa de un brazo, haberte detenido al borde del precipicio. Ciego, temerario mortal, perdona, perdona que aun es tiempo.

— Afuera con tanta importunidad, dijo el rey enfurecido. El sol ha alumbrado la deshonra de Inglaterra, y todavía no se ha vertido la sangre que la ha de lavar. Afuera damas, y frailes, y todos los que no quieren

oir la órden que van á pronunciar mis labios; porque, por san Jorge juro...

— No jures, dijo la voz de uno que entró á la sazón en la cámara.

— Ven, sabio Hakim, dijo el rey, ven á pedir la recompensa de tus servicios.

— Vengo, dijo el Arabe, á pedirte audiencia, sobre asunto del mayor interes.

— Antes de todo, respondió el rey, conoce á mi esposa, y ella conocerá á quien ha salvado la vida de Ricardo.

— No me corresponde, dijo el médico, cruzando los brazos sobre el pecho, é inclinándose respetuosamente con mesura y acatamiento oriental, no me corresponde fijar mis ojos en la hermosura que no está velada, y que se presenta vestida de todo su esplendor.

— Retírate, Berenguela, dijo el monarca; retírate tú tambien, Edit; no volvais á molestarte con súplicas. Lo único que puedo hacer es dejar la ejecucion hasta medio dia. Idos, y tranquilizaos; vete, amada Berenguela; Edit, añadió, lanzando una terrible



mirada que confundió á la animosa jóven; vete, y ten juicio.

Las damas se retiraron precipitadamente, sin observar las reglas y precedencias que la ceremonia de la corte exigia, como la bandada de tímidas aves, que el neblí descubre y persigue.

De allí se restituyeron al pabellon de la reina, donde se abandonaron á sus inútiles lamentaciones, y á la afliccion que debia producir en ellas la suerte del caballero, víctima de sus chanzas imprudentes. Edit era la única que se mantuvo serena, sin derramar una lágrima, sin lanzar un quejido, como si desdeñara estos órganos comunes del dolor. Su firmeza y presencia de espíritu le permitió asistir á Berenguela, en cuyo delicado temperamento produjo la pena violentos espasmos, arrebatos convulsivos, y otros síntomas de hipocondría.

— Es imposible que Edit ame de veras á ese caballero, dijo Florisa á Calista, que era mas antigua en la servidumbre de palacio, y mas versada en las galanterías de la corte.

Nos hemos engañado completamente. Sin duda siente y deplora la suerte que le aguarda: mas solo porque su nombre está de por medio.

— Necia, respondió la astuta compañera; la familia de Plantagenet está amasada en orgullo, y ninguno de esta raza confieza ni deja ver sus debilidades. Cuando estan heridos de muerte, curan los araños que los otros han recibido. Florisa, hemos hecho un gran desaguisado: de buena gana diera yo el mejor joyel de mi cofre por no haber andado en semejante enredo.